



De la razón a la locura, los nuevos desafíos del oscurantismo

Por Catherine Bréchignac. Bogotá, 20 de mayo 2025

Mitos

Las numerosas mitologías de Egipto, Mesopotamia y Grecia, así como la mitología hindú, china y maya, narran el origen del mundo a partir del caos. De un frágil orden establecido frente al desorden primordial, surge la humanidad. La transición del caos al orden sería de la emergencia de la cultura, que marca el nacimiento del Hombre: no el Hombre como ser biológico en el árbol filogenético, sino el Hombre como ser, consciente de ser consciente. El Hombre se convierte en Hombre cuando da sentido a su vida, elabora leyes para vivir en sociedad, adopta un código moral, inventa lenguas y cuenta historias. Sale del caos para entrar en el orden de lo pensable. El mito nace con conciencia humana.

El filósofo, mitólogo y novelista rumano Mircea Eliade (1907-1986) propuso la definición más citada: “El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que tuvo lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos. [...] Es siempre la historia de una creación: relata cómo se produjo algo, cómo empezó a ser”. Su contemporáneo, el antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2009), en su libro *Anthropologie structurale*, destacó la función estructural del mito: “El pensamiento mítico procede de la toma de conciencia de ciertas oposiciones y tiende a su mediación progresiva”. El mito no es materia de análisis racional; amplía el espacio de la realidad para permitir la coexistencia de los opuestos. Basado en una tradición oral, se enriquece con su transmisión, es nuestra memoria arcaica, pero también puede proyectarnos hacia un futuro hipotético.

.....

ATILF - CNRS. (n.d.). Trésor de la langue française informatisé (TLFi). Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales.

¿Por qué siente el hombre la necesidad de contar la historia de su nacimiento como ser pensante, a partir del caos? Quizá porque el simbolismo del caos expresa lo desconocido, el desorden y todo lo posible. La diferenciación entre el día y la noche, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, reduce el campo de posibilidades al introducir el orden. Los mitos describen este momento crucial en el que la razón humana trata de imponer orden al caos primordial en su cabeza. Pero la razón es frágil y lo que llamamos la "sinrazón" o sea lo contrario de la razón está cerca, porque la tensión (el conflicto) entre caos y orden no ha encontrado todavía solución.

Razón, definida por el diccionario *Trésor de la langue française* como (Tesoro de la lengua francesa) “la capacidad de la mente humana para organizar sus relaciones con la realidad, la capacidad de juzgar correctamente, de entender la verdad de la falsedad, el bien del mal; todas las



cualidades de una persona que sabe controlar sus impulsos y su imaginación, especialmente en su comportamiento y sus acciones”¹. La necedad es su opuesto: “Característica de lo que carece de razón o está desprovisto de sentido común. Falto de razón, sentido común o juicio en la naturaleza o el comportamiento de una persona”. Ambas están presentes en el ser humano. La locura es la enfermedad de la razón, la vuelve inoperante, como dice la expresión popular francesa: “hundirse en la locura”.

Desde que el hombre tomó conciencia de su capacidad de pensar, no ha dejado de cuestionarse el poder de su propio razonamiento. Filósofos, psicólogos y científicos han unido sus fuerzas para explorar esta fascinante facultad: el arte de argumentar, no sólo para convencer a los demás, sino también para persuadirnos a nosotros mismos. Esta capacidad única de anticipar la acción, de evaluar sus consecuencias incluso antes de experimentarlas, da fe de la profundidad de nuestro pensamiento. La intuición de la metaconciencia viene de lejos. Sócrates, en el siglo V a.C., con su famoso “Conócete a ti mismo”, ya hacía hincapié en la autorreflexión. Pero el estudio científico y su denominación precisa de metaconciencia, que es la capacidad que tenemos de reflexionar sobre nuestros propios pensamientos, emociones, percepciones o estados mentales, apareció a finales del siglo XX, con el desarrollo de la neurociencia. A quién no le ha pasado que, al leer un texto, su pensamiento se aleja de él mientras continúa leyéndolo “mecánicamente” sin comprenderlo realmente hasta que se da cuenta de que ya no está en el texto sino en otra parte. Es entonces cuando toma conciencia de su propia conciencia, dejando que el subconsciente lea mecánicamente.

Los antiguos mitos, que durante milenios han dado forma al pensamiento humano, proporcionando orígenes comunes y un significado compartido, están siendo abandonados en favor de un mañana sin brújula. En un mundo fragmentado, en el que reina el individualismo, todo el mundo se identifica con los héroes de las historias de aventuras que ya no proporcionan los mitos antiguos, sino el escandaloso mercantilismo. El resultado es una nueva forma de mitología, íntima y subjetiva, moldeada por deseos y búsquedas personales. La solidaridad entre los hombres se marchita (desaparece poco a poco, se pierde la razón y se impone la sinrazón. Es un paso atrás. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

El mito pasa a un segundo plano frente a la filosofía y la ciencia

Ya en la Antigüedad, Platón atacó las ficciones creadas por los poetas, que se basan en la ilusión, lo increíble y la imaginación inspirada en la realidad. En el Libro X de la República, establece la superioridad del *logos* y la razón sobre el *muthos*, asociado a la poesía y la imaginación. “Homero es el príncipe de la poesía y el primero de los poetas trágicos [...] si la poesía imitativa tiene su lugar en una ciudad bien vigilada [...] tal poesía no debe tomarse en serio, como si sería en sí misma, tocara la verdad.” Platón marcó una ruptura entre la mitología, que mezcla lo real y lo imaginario, y la filosofía, que establece la razón como herramienta fundamental para comprender el mundo. Guiada por una lógica rigurosa, la filosofía englobaba la metafísica y la física: los filósofos se proponían descubrir las causas de los fenómenos observados.



Hubo que esperar hasta el siglo XVII para que apareciera una nueva brecha que separara progresivamente la ciencia de la filosofía. Gracias al desarrollo de instrumentos de medición cada vez más precisos, la ciencia se apoderó del reino de lo cuantificable, con mediciones objetivas y precisas, escapando así a la subjetividad de la mente humana. Galileo Galilei (1564-1642), como antes Tycho Brahe (1546-1601), fue uno de los primeros científicos en introducir el método experimental para estudiar el mundo.

Tycho Brahe, astrónomo danés, introdujo el primer avance en el método experimental. Construyó un sextante de gran precisión que le permitía seguir los movimientos de los planetas a simple vista. Situando la observación en el centro de su enfoque, dio prioridad absoluta a las mediciones y buscó constantemente validarlas. Sus meticulosas observaciones le permitieron cartografiar las posiciones de las estrellas y los planetas con una precisión sin igual para la época. Realizó un catálogo de más de 800 estrellas. En cuanto a la organización del cosmos, sus observaciones sugerían que los planetas orbitaban alrededor del Sol, pero no pudo medir ningún movimiento de la Tierra. Tycho se mostró prudente y propuso un modelo conocido como geoheliocéntrico: la Tierra permanecía inmóvil en el centro del universo, mientras que los demás planetas orbitaban alrededor del Sol, que a su vez orbitaba alrededor de la Tierra. Las mediciones extremadamente precisas que realizó, en particular las relativas a las posiciones de Marte durante la noche, resultaron decisivas para su ayudante Johannes Kepler, quien descubrió que Marte sigue una trayectoria elíptica alrededor del Sol, ocupando éste uno de los focos de la elipse.

Galileo fue aún más audaz. Utilizando un telescopio, que él mismo mejoró, para observar el cielo, descubrió las lunas de Júpiter, los cráteres de la Luna y las fases de Venus. Tomó notas precisas, hizo dibujos basados en lo que había medido y se convenció de que la hipótesis de Copérnico de que la Tierra giraba alrededor del Sol como los demás planetas era la correcta. Fue juzgado por la Inquisición, que no soportaba perder poder sobre las personas y quería volver a encarrillarlas. Para evitar la pena de muerte, se retractó. Galileo no sólo se interesó por los movimientos de los planetas, sino que también fue uno de los primeros en medir con precisión el tiempo que tardan los cuerpos en caer a la Tierra. Dejándolos rodar sobre planos inclinados, descubrió que todos los cuerpos caen de la misma manera, independientemente de su peso, lo que iba en contra de lo que se pensaba desde Aristóteles, que afirmaba que “el cuerpo pesado llega primero al suelo porque las velocidades de caída varían en proporción a la masa de los cuerpos. La pelota cae más rápido que la hoja de roble”. Había olvidado la resistencia del aire. El experimento de Galileo sobre la caída de los cuerpos desencadenó todo tipo de discusiones: si una piedra pesada cae más rápido que una ligera, atémolas con una cuerda que debería estirarse. Pero no fue así. Hubo que abandonar la teoría de Aristóteles y dar la razón a Galileo. En ciencia, la experiencia es el árbitro. Estas primeras mediciones cuantificadas de la caída de los cuerpos marcaron el inicio de la aventura de la gravitación y separaron la física de la filosofía.



Cuando nació Immanuel Kant (1724-1804), la teoría de la gravitación de Newton había sacudido las mentes de la gente. Kant lo asumió y, en su libro *La crítica de la razón pura*, diferenció entre conocimiento empírico y demostración teórica: “Podemos llamar empírica a toda filosofía que se basa en los principios de la experiencia; pura, en cambio, a la que expone sus doctrinas únicamente sobre la base de principios a priori”. A continuación describe el enfoque científico, que se basa en la comparación de mediciones experimentales con resultados teóricos para comprender la verdad. En el prefacio a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* (1787), Kant explica: “La razón debe, pues, volverse hacia la naturaleza, teniendo en una mano sus propios principios, en virtud de los cuales sólo los fenómenos concordantes pueden tener el valor de leyes, y en la otra el experimento que ha concebido según estos mismos principios [...]”. Siguiendo este planteamiento, la física se colocó por primera vez en el camino seguro de una ciencia, mientras que durante tantos siglos no había sido más que un mero ensayo y error. Al comparar las leyes con mediciones cuantificadas, la ciencia física se convirtió en predictiva. Se separa de la filosofía. La química seguiría su ejemplo.

Antoine Lavoisier nació en una familia de la burguesía de París en 1743. Huérfano de madre a los tres años, a los once ingresó en el *Collège des Quatre-Nations*, que tras la Revolución Francesa se convirtió en el *Institut de France*. Disociando química y alquimia, Lavoisier introdujo la química en el ámbito de la ciencia. Empezó por establecer un protocolo de pesaje antes y después de la combustión para razonar a partir de datos numéricos, introduciendo así el rigor numérico que rige las reacciones químicas. Con la ayuda de su esposa, emprendió una larga serie de mediciones sobre la calcinación de metales y demostró que el peso de la ceniza del metal calcinado era sistemáticamente superior al peso del metal inicial. Estos resultados contradecían la doctrina de Georg Stahl, que se basaba en la hipótesis del flogisto, el “fluido del fuego” que se supone está presente en todos los cuerpos y debe liberarse durante la combustión. Pero si esto es así, el peso del metal calcinado debería ser menor que antes de la calcinación, y los resultados de los experimentos de Lavoisier muestran lo contrario. ¿Por qué ocurrió esto? En colaboración con científicos ingleses, Lavoisier demostró el papel del oxígeno en la combustión metálica y explicó que el aumento de peso observado tras la calcinación se debía a la adición de oxígeno, que oxidaba el metal. Toda reacción debe escribirse en forma de ecuación, una igualdad cuantitativa, verificada pesando los cuerpos antes y después de la reacción. Dictó el principio de la conservación de la materia, simbolizado por la famosa frase que se le atribuye: “nada se pierde, nada se crea, todo se transforma”. Pero las ideas preconcebidas se resistían y encontró muchas dificultades para que se aceptara su conclusión: la materia sólo existe en tres estados, sólido, líquido y gaseoso.

El reino de la razón

En el siglo XIX, los espectaculares progresos científicos en física, química y luego biología, gracias a la precisión de los nuevos instrumentos de medida, propiciaron avances que cambiaron radicalmente nuestra comprensión del mundo natural. La sociedad se transformó. Los filósofos abrazaron las ideas surgidas de los descubrimientos científicos. Saint-Simon (1760-1825) quedó



fascinado por las leyes de la gravitación, y la ciencia se convirtió en un valor social, estableciéndose como fuente legítima de verdad. Su discípulo Auguste Comte (1798-1857), fundador del positivismo, quiso unificar los conocimientos acumulados en una teoría de un "Todo". En el párrafo 73 de su Discurso sobre el espíritu positivo², resume su pensamiento con estas palabras: "De este modo, llegamos poco a poco a descubrir la jerarquía invariable, a la vez histórica y dogmática, igualmente científica y lógica, de las seis ciencias fundamentales, las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, la primera de las cuales constituye necesariamente el punto de partida exclusivo y la última el único fin esencial de toda filosofía positiva, concebida en adelante como formando, por su propia naturaleza, un sistema verdaderamente indivisible, en el que toda descomposición es radicalmente artificial, sin ser en modo alguno arbitraria, ya que todo en él se relaciona en última instancia con la Humanidad, único concepto plenamente universal."

Los filósofos, que alababan la ciencia como el camino real hacia el conocimiento, la verdad y el progreso social, no midieron las consecuencias de tal glorificación. Pensando que todo debía ser explicable y previsible, el término "ciencia" se volvió polisémico y fue perdiendo su rigor semántico. Bajo el efecto de su prestigio, que en el imaginario colectivo es garantía de seriedad, todo el mundo ha tratado de reclamar una etiqueta "científica" para legitimar lo que dice. Además de las llamadas ciencias exactas -física, química y biología-, que se basan en métodos cuantificables y enfoques reproducibles, surgen ahora campos como las humanidades, las ciencias sociales, la política, la economía y el medio ambiente....

Aunque estas disciplinas comparten la exigencia de rigor intelectual, se diferencian radicalmente de las ciencias exactas en que no existen leyes predictivas y sólo pueden utilizarse modelos para extrapolar su evolución a partir de las observaciones. Además, su complejidad inherente, debida a un conjunto de causas que generan un conjunto de efectos que interfieren, hace imposible utilizar la lógica binaria de las ciencias exactas. La lógica binaria asocia un efecto a una causa, por lo que buscamos la causa de la causa. La lógica probabilística asocia una probabilidad a una causa. Esta noción es similar a la de la teoría de los juegos de azar, conocida desde hace siglos: con un dado en la mano, es seguro que si lo tiras, volverá a caer, pero nadie sabe qué número entre el 1 y el 6 saldrá; sólo podemos predecir la probabilidad, la de una posibilidad entre seis de ver aparecer el número elegido, pero estamos seguros de que el número 7 no aparecerá nunca. La complejidad requiere una lógica sistémica más vulnerable a los sesgos cognitivos. Uno de los sesgos cognitivos más extendidos es el sesgo de confirmación. Este sesgo lleva a los individuos a favorecer la información que apoya sus creencias, mientras que descarta la información que las contradice. Siempre preferimos creer lo que esperamos que sea cierto. En el campo de la salud, una persona que cree en los beneficios de una dieta milagrosa buscará en Internet sólo testimonios positivos e ignorará los estudios serios que demuestran que esa dieta es ineficaz o incluso peligrosa. En política, un partidario de un partido tenderá a consultar sobre todo medios de comunicación o fuentes de información que compartan sus opiniones, mientras que ignorará o desacreditará las críticas a su bando. A escala colectiva, los sondeos de opinión y los influenciadores en las redes



COLEGIO MÁXIMO DE LAS ACADEMIAS DE COLOMBIA

CUERPOS CONSULTIVOS DEL GOBIERNO NACIONAL

sociales contribuyen a acentuar esta dinámica, haciéndola más compleja y las predicciones a menudo imprevisibles. La ciencia política no es una ciencia exacta.

.....

2 Comte, A. (1985). (Obra original publicada en 1844) Discurso sobre el espíritu positivo (C. Bergés, Trad). Ediciones Orbis- 192 páginas.

También existe un sesgo de anclaje, que fija en la memoria la primera información recibida sobre un tema y establece así un punto de referencia para las comparaciones posteriores. Por ejemplo, si el precio de un teléfono se anuncia inicialmente a 1.000 euros y luego se ofrece en oferta especial a 700 euros, el precio de salida influye en la percepción del valor, animando al comprador a aceptar la oferta.

El comportamiento humano es un tema fascinante. El ser humano es el sistema más complejo conocido por el hombre, pero la evolución de una sociedad es difícil de predecir. La clasificación de las ciencias por Auguste Comte, que lo englobaba todo, desde las matemáticas hasta la sociología, haciéndonos creer que todo podía explicarse mediante la razón, fue un error que supuso el primer paso hacia una confusión general de la mente.

La filosofía tiene su lugar junto a la ciencia, que no tiene la respuesta a todo, porque hay preguntas que no tienen respuestas, en particular es incapaz de demostrar que algo no existe. Es más, cuando la respuesta a una pregunta procede del enfoque científico, es decir, si se ha verificado o no una hipótesis, el valor explicativo de la hipótesis no tiene necesariamente valor de verdad. Puede ponerse en entredicho cuando se adquieren otros conocimientos. De este modo, la ciencia se construye como un rompecabezas, pieza a pieza, paso a paso, cuestionándose a sí misma en cada etapa. El conocimiento se ensambla a lo largo de los años, a costa de la reflexión y la experiencia, entre ensayos acertados y errores rechazados. La ciencia es acumulativa, y ésta es su originalidad. Esta acumulación de conocimientos a lo largo de los siglos está sacudiendo nuestras sociedades. Dado el ritmo cada vez más acelerado al que se desarrollan los conocimientos científicos y la inmediatez de la comunicación, los temores engendrados por el uso de la ciencia se vuelven incontrolables. La brecha se ensancha con el tiempo entre los que adquieren conocimientos científicos profundos y la inmensa mayoría de los que no se interesan por ellos, o no están en condiciones de aprender, porque todavía hay más de ochocientos millones de adultos analfabetos en el mundo de hoy. El resultado es una brecha cada vez mayor en la que se precipitan charlatanes, ideólogos e impostores, que utilizan un lenguaje pseudo-racional para engañar a aquellos de nosotros para quienes el conocimiento científico sigue siendo un enigma. Como un resorte que se tensa y acaba por romperse si no tenemos cuidado, la incompreensión de unos conduce a la violencia contra otros.



Caos, sinrazón

Aunque la razón ha encarnado un ideal importante desde el *Siglo de las Luces*, a principios del siglo XXI parece haber perdido parte de su brillo - paradójicamente, en el momento en que más se necesita. A lo largo de los siglos, la razón se ha ido perfeccionando, revelando sus múltiples dimensiones... pero también sus límites. A medida que se han acumulado los conocimientos científicos y se ha ampliado la brecha entre una minoría que posee el saber y una mayoría que lo utiliza sin dominarlo siempre, en la mente de cada cual se han forjado imágenes diferentes. La opinión ha suplantado a la razón.

La verdad no interesa a nadie, simplemente es. Lo que interesa es lo que agrada. El mentiroso sabe lo que es verdad y dice a sabiendas lo que es falso, mientras que el embustero, término acuñado a partir del ensayo de Harry G. Frankfurt *Sobre la mentira*, se burla de la verdad, distorsiona lo que sabe, amplifica ciertos hechos y disminuye otros. Verdad y mentira ya no son separables. La mentira es peor que la mentira. Hoy estamos en ambroglio, en aguas turbias donde flotan la verdad y la mentira. No tenemos tiempo de separar lo verdadero de lo falso, así que asignamos un porcentaje de confianza a quien habla. La intuición es nuestro piloto. Una persona con un subconsciente bien desarrollado, cuya memoria se basa en ejemplos razonados, aún puede detectar al embustero y no dejarse engañar por sus patrañas, pero para una mente desestructurada esto es imposible. Estamos entrando en la era de la posverdad, en la que la opinión personal, la ideología y la emoción priman sobre la realidad factual. Hemos retrocedido más de dos mil quinientos años, a la época anterior a Platón, cuando el mito era indistinguible de la verdad. Hemos retrocedido aún más en el tiempo porque el mito de los griegos era una construcción colectiva y hoy cada individuo expresa su pequeño mito personal que mezcla con la verdad en una grande cacofonía.

Hoy en día, la omnipresente inteligencia artificial comprime el tiempo: el pasado está a un clic de distancia, mientras que el futuro parece inasible, arrastrado por una aceleración constante. Las sociedades se hacen más complejas, al tiempo que se fragmentan. Cada cual intenta imponer su visión para influir en los demás. Las opiniones chocan y se desata una guerra de ideas. La razón, a veces congelada en la ideología, a veces diluida en la sinrazón, vacila. En este contexto convulso, es más urgente que nunca redescubrir el raro y sutil placer de pensar con rigor... y escribir con libertad.

.....

Conferencia de la Dra. Catherine Bréchnignac en la Academia Colombiana de la Lengua. Doctora en física nuclear por la Universidad de Paris - Saclay. Directora general del Centro Nacional de Investigación de Francia. Secretaria Perpetua Honoraria de la Academia de Ciencias de Francia.